

casarle con ella, que por ser hermosa, y su dote de mas de treinta mil ducados, fué amistad, y no castigo. Tomaron el camino de Avila, en donde vivió Lisardo con su prima tan amante como pagado, dándoles á entrambos el amor hermosos hijos, y teniendo á ventura

haber pasado tantos trabajos, llegando á gozar tan felizmente el fin que deseaban, porque cuando lo que se intenta se alcanza, todo viene á parar en aumento del gusto, confirmacion del deseo y descanso de la voluntad.

EL CASTIGO DE LA MISERIA,

POR DOÑA MARIA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

A servir á un grande de esta corte vino de un lugar de Navarra un hijodalgo, tan alto de pensamientos como humilde de bienes de fortuna, pues no le concedió esta madrastra de los nacidos mas riqueza que una pobre cama, en la cual se recogía á dormir y se sentaba á comer: este mozo, á quien llamáremos don Márcos, tenía un padre viejo, y tanto, que sus años le servían de renta para sustentarse, pues con ellos enternecia los mas empedernidos corazones. Era don Márcos cuando vino á este honroso entretenimiento de doce años, habiendo casi los mismos que perdió á su madre de un repentino dolor de costado, y mereció en casa de este príncipe la plaza de paje, y con ella los usados atributos, picardía, porquería, sarna y miseria; y aunque don Márcos se graduó en todas, en esta última echó el resto, condenándose él mismo de su voluntad á la mayor laceria que pudo padecer un padre del yermo, gastando los diez y ocho cuartos que le daban con tanta moderacion, que si podía, aunque fuese á costa de su estómago y de la comida de sus compañeros, procuraba que no se disminuyesen, ó ya que algo gastase, no de suerte que se viese mucho su falta. Era don Márcos de mediana estatura, y con la sutileza de la comida se vino á trasformar de hombre en espárrago. Cuando sacaba de mal año su vientre era el dia que le tocaba servir la mesa de su amo, porque quitaba de trabajo á los mozos de plata, llevándoles lo que caía en sus manos mas limpio que ellos lo habian puesto en la mesa, proveyendo sus faltriqueras de todo aquello que sin peligro se podía guardar para otro dia. Con esta miseria pasó la niñez, acompañando á su dueño en muchas ocasiones dentro y fuera de España, donde tuvo principales cargos. Vino á merecer don Márcos pasar de paje á gentilhombre, haciendo en esto su amo con él lo que no hizo el cielo. Trocó pues los diez y ocho cuartos por cinco reales y tantos maravedís; pero ni mudó de vida ni alargó la racion á su cuerpo, antes como tenía mas obligaciones, iba dando mas nudos á su bolsa. Jamás se encendió en su casa luz, y si alguna vez se hacia esta fiesta, era el que le concedia su diligencia y el descuido del repostero, algun cabo de vela, el cual iba gastando con tanta cordura, que desde la calle se iba desnudando, y en llegando á casa, dejaba caer los vesti-

dos, y al punto le daba la muerte. Cuando se levantaba por la mañana tomaba un jarro que tenia sin asa, y salía á la puerta de la calle, y al primero que veía le pedía remediase su necesidad, y esto le duraba dos ó tres dias, porque lo gastaba con mucha estrechez. Luego se llegaba donde jugaban los muchachos, y por un cuarto llevaba uno que le hacia la cama, y si tenía criado, se concertaba con él que no le habia de dar racion mas de dos cuartos y un pedazo de estera en que dormir; y cuando estas cosas le faltaban, llevaba un pícaro de cocina que lo hacia todo, y le vertiese una extraordinaria vasija en que hacia las inexcusables necesidades; era al modo de un artaduz de noria, porque habia sido en un tiempo jarro de miel, que hasta en verter sus excrementos guardó la regla de la observancia. Su comida era un panecillo de un cuarto, media libra de vaca, un cuarto de zarandajas, y otro que daba al cocinero porque tuviese cuidado de guisarlo limpiamente; y esto no era cada dia, sino solo los feriados, que lo ordinario era un cuarto de pan y otro de queso. Entraba en el estrado donde comían sus compañeros, y llegaba el primero, y decia: Buena debe de estar la olla, que da un olor que consuela, en verdad que la he de probar; y diciendo y haciendo, sacaba una presa; y de esta suerte daba la vuelta de uno en uno á todos los platos, que hubo dia que en viéndole venir, el que podía se comía de un bocado lo que tenía delante, y el que no, ponía la mano sobre su plato. Con el que tenía mas amistad era con un gentilhombre de casa, que estaba aguardando verle entrar á comer ó cenar, y luego con su pan y queso en la mano entraba diciendo: Por cenar en conversacion os vengo á cansar, y con esto se sentaba en la mesa, y alcanzaba de lo que habia. Vino, en su vida lo compró, aunque lo bebia algunas veces en esta forma: poníase á la puerta de la calle, y como iban pasando las mozas y muchachos con el vino, les pedía en cortesía se lo dejasen probar, obligándoles lo mismo á hacerlo. Si la moza ó muchacho eran agradables, les pedía licencia para otro traguillo. Viniendo á Madrid en una mula y con un mozo, que por venir en su compañía se habia aplicado á servirle por ahorrar de gasto, le envió en un lugar por un cuarto de vino, y mientras que fué por él se puso á caballo y se partió,

obligando al mozo á venir pidiendo limosna. Jamás en las posadas le faltó un pariente, que haciéndose gorra con él, le ahorraba la comida. Vez hubo que dió á su mula paja del jergón que tenía en la cama, todo á fin de no gastar. Varios cuentos se decían de don Márcos, con que su amo y sus amigos pasaban tiempo, tanto, que ya era conocido en la corte por el hombre mas regalado de los que se conocían en el mundo. Vino don Márcos de esta suerte, cuando llegó á los treinta años, á tener nombre y fama de rico, y con razon, pues vino á juntar á costa de su opinion y hurtándose al cuerpo, seis mil ducados, los cuales se tenía siempre consigo, porque tenía mucho las retiradas de los genoveses, pues cuando mas descuidado ven á un hombre, le dan manotada como zorro. Y como don Márcos no tenía fama de jugador ni de amancebado, cada día se le ofrecían varias ocasiones de casarse, aunque lo regateaba temiendo algun mal suceso; parecíanle bien á las señoras que lo deseaban para marido, y quisieran mas fuese gastador que guardoso, que con este nombre calificaron su miseria. Entre muchas que desearon ser suya, fué una señora que no había sido casada, si bien estaba en opinion de viuda, mujer de buen gusto y de alguna edad, aunque lo encubria con las galas, adornos é industria, porque era viuda galan, con su monjil de terciñela, tocas de reinas, y su poquito de moño. Era buena señora, cuyo nombre es doña Isidora, muy rica en hacienda, segun decían todos los que la conocían, y su modo de tratarse lo mostraba. Y en esto siempre se adelantaba el vulgo mas de lo que era razon. Propusieronle á don Márcos este matrimonio, pintándole á la novia con tan perfectos colores, y asegurándole que tenía mas de catorce ó quince mil ducados, diciéndole haber sido su difunto consorte un caballero de lo mejor de Andalucía, que asimismo decían serlo la señora, dándole por patria á la famosa ciudad de Sevilla, con la cual nuestro don Márcos se dió por casado. El que trataba el casamiento era un gran socarrón, tercero, no solo de casamientos, sino de todas mercaderías, tratante en grueso de buenos rostros y mejores bolsas, pues jamás ignoraba lo malo y lo bueno de esta corte, y era la causa haberle prometido buena recompensa; ordenó llevar á don Márcos á vistas, y lo hizo la misma tarde que se lo propuso porque no hubiese peligro en la tardanza. Entró don Márcos en casa de doña Isidora, casi admirado de ver la casa, tantos cuadros, tan bien labrada y con tanta hermosura; y miróla con atencion, porque le dijeron que era su dueño la misma que lo había de ser de su alma, á la cual halló entre tantos damascos y escritorios, que mas parecia casa de señora de título que de particular, con un estrado tan rico, y la casa con tanto aseo, olor y limpieza, que parecia, no tierra, sino cielo, y ella tan aseada y bien preñida, como dice un poeta amigo, que pienso que por ella se tomó este motivo de llamar así á los aseados. Tenía consigo dos criadas, una de labor, y otra de todo y para todo, que á no ser nuestro hidalgo tan compuesto y tenerle el poco comer tan

mortificado, por solo ellas pudiera casarse con su ama, porque tenían tan buenas caras como desenfado, en particular la fregona, que pudiera ser reina si se dieran los reinos por hermosura. Admiróle sobre todo el agrado y discrecion de doña Isidora, que parecia la misma gracia, tanto en donaire como en amores, y fueron tantas y tan bien dichas las razones que dijo á don Márcos, que no solo le agradó, mas le enamoró, mostrando en sus agradecimientos el alma, que la tenía el buen señor bien sencilla y sin doblez. Agradeció doña Isidora al casamentero la merced que le hacia en querer emplearle tan bien, acabando de hacer tropezar á don Márcos en una aseada y costosa merienda, en la cual hizo alarde de la vajilla, rica y olorosa ropa blanca, con las demás cosas que en una casa tan rica como la de doña Isidora era fuerza hubiese. Hallóse á la merienda un mozo galan, desenvuelto, y que de bien entendido picaba en pícaro, al cual doña Isidora regalaba á título de sobrino, cuyo nombre era Agustínico, que así le llamaba su señora tia. Servía á la mesa Inés, porque Marcela, que así se llamaba la doncella, por mandado de su señora tenía ya en las manos un instrumento, en el cual era tan diestra, que no se le ganara el mejor músico de la corte, y esto acompañaba con una voz, que mas parecia ángel que mujer, y á la cuenta era todo. La cual con tanto donaire como desenvoltura, sin aguardar á que la rogasen, porque estaba cierta que lo haría bien, ó fuese acaso ó de pensado, cantó así:

Claros fuentecillas,
Pues murmurais,
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.

Murmurad que vive
Libre y descuidado,
Y que mi cuidado
En el agua escribe;
Que pena recibe
Si sabe mi pena,
Que es dulce cadena
De mi libertad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que tiene
El pecho de hielo,
Y que por consuelo
Penas me previene;
Responde que pene
Si favor le pido,
Y se hace dormido
Si pido piedad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que llama
Cielos otros ojos,
Mas por darme en ojos
Que porque los ama;
Que mi ardiente llama
Paga con desden,
Y quererle bien
Con quererme mal:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Y si en cortesía
Responde á mi amor,
Nunca su favor
Duró mas de un día,
Do la pena mia
Rie lisonjero,

Y aunque ve que muero,
No tiene piedad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que ha dias
Tiene la firmeza,
Y que con tibieza
Paga mis porfias;
Mis melancolias
Le causan contento,
Y si mudo intento,
Muestra voluntad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que he sido
Eco desdichada,
Aunque despreciada,
Siempre le he seguido,
Y que si le pido
Que escuche mi queja,
Desdeñoso deja
Mis ojos llorar:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que altivo,
Libre y desdeñoso
Vive, y sin reposo,
Por amarme, vivo,
Que no da recibo
A mi eterno amor,
Antes con rigor
Me intenta matar:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad sus ojos
Graves y severos,

Aunque bien ligeras
Para darme enojos,
Que rinde despojos
A su gentileza,
Cuya altiva alteza
No halla su igual:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que ha dado
Con alegre risa
La gloria á Belisa,
Que á mí me ha quitado,
No de enamorado,
Sino de traidor,

Que aunque finge amor,
Miente en la mitad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad mis celos
Y penas rabiosas.
Ay, fuentes hermosas,
A mis ojos cielos,
Y mis desconsuelos,
Penas y disgustos;
Mis perdidos gustos,
Fuentes, murmurad,
Y también á Narciso
Que no sabe amar.

Suelen publicar salud
Cuando muriéndose están,
Mas no niego que es cordura
El saber disimular.
Escondese por no verla,
Ni de sus cosas hablar,
Ni tarde de su alabanza,
Indicios de salud da.
Pero de vivir contenta,
Y ella en secreto llorar,
Llevar mal que mire á otras,
De amor parece señal.

Lo que por mi teología
He venido á pergeñar
Es que aquel que dice injurias
Cerca está de perdonar.
Pregiase Menga de noble;
No sé si querrá olvidar,
Que una vez eleccion hecha,
No es noble quien vuelve atrás.
Mas ella me ha dicho á mí
Que en llegando á averiguar
Injurias, celos y agravios,
Afrenta el verle será.

No me atreveré á determinar en qué halló nuestro don Márcos mas gusto, si en las empanadas y hermosas tortadas, lo uno picante, y lo otro dulce, sin el sabroso pernil y fruta fresca y gustosa, acompañado todo con el licor del santo remedio de los pobres, que á fuerza de brazos estaba vertiendo hielo, siendo ello mismo fuego, que por eso llamaba un aficionado á las cantimploras remedio contra el fuego; ó en la dulce voz de Marcela, porque al son de su letra él no hacia sino comer, tan regalado de doña Isidora y de Agustínico, que no lo pudiera ser mas si él fuera el rey, porque si en la voz hallaba gusto para los oídos, en la merienda recreo para su estómago, tan ayuno de regalos como de sustento. Regalaba también doña Isidora á don Agustín, sin que don Márcos, como poco escrupuloso, reparase en nada mas de sacar de mal año sus tripas; porque creo, sin levantarle testimonio, que sirvió la merienda de aquella tarde de ahorro de seis dias de racion, y mas con los buenos bocados que doña Isidora y su sobrino atestaban y embutían en el baul vacío del buen hidalgo provision bastante para no comer en mucho tiempo. Fenecióse la merienda con el día, y estando ya prevenidas cuatro bujías en sus hermosos candeleros, á la luz de las cuales y al dulce son que Agustínico hizo en el instrumento que Marcela había tocado bailaron ella é Inés lo rastreado y soltillo, sin que se quedase la capona olvidada, con tal donaire y desenvoltura, que se llevaba entre los pies los ojos y el alma del auditorio, y tornando Marcela á tomar la guitarra, á petición de don Márcos, que como estaba harto querria bureo, feneció la fiesta con este romance:

Fuése Bras de la Cabaña;
Sabe Dios si volverá,
Por ser firmisima Menga,
Y ser muy ingrato Bras.
Como no sabe ser firme,
Desmayóse el verse amar,
Que quien no sabe querer,
Tampoco sabe estimar.
No le ha dado Menga celos,
Que no se los pudo dar,
Porque si supiera darlos,
Supiera hacerse estimar.
Es Bras de condicion libre,
No se quiere sujetar,
Y así, viéndose querido,
Supo el modo de olvidar.
No solo á sus gustos sigue,
Mas sábelos publicar,
Que quiere á fuerza de penas
Hacerse estimar en mas.
Que no volverá es muy cierto,
Que es cosa la voluntad

Que cuando llega á trocarse
No vuelve á su ser jamás.
Por gustos ajenos muere,
Pero no se morirá,
Que sabe fingir pasiones
Hasta que llega á alcanzar.
Desdichada la serrana
Que en él se viene á emplear,
Pues aunque siembre afición,
Solo penas cogerá.
De ser poco lo que pierde,
Certisima Menga está,
Pues por mal que se aventure,
No puede tener mas mal.
Es franco de disfavores,
De tibieza liberal,
Pródigo de demastias,
Escaso de voluntad.
Dice Menga que se alegra,
No sé si dice verdad,
Que padecer despreciada
Es dudosa enfermedad.

Al dar fin al romance se levantó el corredor de desdichas, y le dijo á don Márcos que era hora de que la señora doña Isidora reposase; y así, se despidieron los dos de ella y de Agustínico y de las otras damiselas, y dieron la vuelta á su casa, yendo por la calle tratando lo bien que le había parecido doña Isidora y descubriendo enamorado don Márcos, mas del dinero que de la dama, el deseo que tenía de verse ya su marido; y así, le dijo que diera un dedo de la mano por verlo ya hecho, porque era sin duda que le estaba muy bien, aunque no pensaba tratarse despues de casado con tanta ostentacion y grandeza, pues que aquello era bueno para un príncipe, y no para un hidalgo particular como él era, pues con su racion y alguna cosa mas había para el gasto; y que seis mil ducados que tenía y otros tantos que mas podía hacer de cosas excusadas que había en casa de doña Isidora, pues bastaba para la casa de un escudero de un señor cuatro cucharas, un jarro, una salvilla y una buena cama, y á este modo cosas que no se pueden excusar; todo lo demás era cosa sin provecho, que mejor estaria en dinerós, y puestos en renta, vivirían como un príncipe, y podían dejar á sus hijos, si Dios se los diese, con qué pasar muy honradamente, y cuando no los tuviesen, pues doña Isidora tenía aquel sobrino, para él seria todo, si fuese tan obediente que quisiese respetarle como á padre. Hacia estos discursos don Márcos tan en su punto, que el casamiento lo dió por concluido; y así, le respondió que él hablaría otro día á doña Isidora, y se efectuaría el negocio, porque en estos casos de matrimonio tantos tienen deshechos las dilaciones como la muerte. Con esto se despidieron, y él se volvió á contar á doña Isidora lo que con don Márcos había pasado, codicioso de las albricias; y este á casa de su amo, donde hallándolo todo en silencio, por ser muy tarde, sacando un cabo de vela de la faltriquera, se llegó á una lámpara que estaba en la calle alumbrando una cruz, y puesta la vela en la punta de la espada, la encendió, y despues de haberle suplicado con una breve oracion que fuese la que se queria echar á cuestras para bien suyo, se entró en su posada y se acostó, aguardando impaciente el día, pareciéndole que se le había de despintar tal ventura. Dejémosle dormir, y vamos al casamentero, que vuelto á casa de doña Isidora, le contó lo que pasaba y cuán bien le estaba. Ella, que lo sabía mejor que no él, como adelante se dirá, dió luego el sí, y cuatro escudos al tratante por principio, y le rogó que luego por la mañana volviese á don Márcos, y le dijese cómo ella tenía á gran suerte el ser suya, que no le dejase de la mano,

antes gustaria que se le trajese á comer con ella y su sobrino, para que se hiciesen las escrituras y se sacasen los recados. ¡Qué dos nuevas para don Márcos, convidado y novio! Y con ellas, por ser tan buenas, madrugó el casamentero, y dió los buenos dias á nuestro hidalgo don Márcos, al cual halló ya vistiéndose, que amores de blanca niña no le dejaban reposar. Recibió con los brazos á su buen amigo, que así llamaba al procurador de pesares, y con el alma la resolucion de su ventura, y acabándose de vestir de las mas costosas galas que su miseria le consentia, se fué con su norte de desdichas á casa de su dueño, su señora, donde fué recibido de aquella sirena con la agradable música de sus caricias, y de don Agustin, que se estaba vistiendo, con mil modos de cortesias y agrados; donde en buena conversacion y agradecimiento de su ventura y sumisiones del cauto mozo, en agradecimiento del lugar que de hijo le daba, pasaron hasta que fué hora de comer, que de la sala del estrado se entraron á otra cuadra mas adentro, donde estaba puesta la mesa y aparador, como pudiera en casa de un gran señor. No tuvo necesidad doña Isidora de gastar muchas arengas para obligar á don Márcos á sentarse á la mesa, porque antes él rogó á los demás que lo hiciesen, sacándolos de esta penalidad, que no es pequeña. Satisfizo el señor convidado su apetito en la bienazonada comida, y sus deseos en el compuesto aparador, tornando en su memoria á hacer otros tantos discursos como la noche pasada, y mas como veia á doña Isidora tan liberal y cumplida, como aquella que habia de ser suya, le parecia aquella grandeza vanidad excusada y dinero perdido. Acabóse la comida, y preguntaron á don Márcos si queria, en lugar de dormir la siesta, por no haber en aquella casa cama para huéspedes, jugar al hombre. A lo cual respondió que servia á un señor tan virtuoso y cristiano, que si supiera que criado suyo jugaba, ni aun al quince, no estuviera una hora en su casa, y que como él sabia esto, habia tomado por regla el darle gusto; demás de ser su inclinacion buena y virtuosa, pues no tan solamente no sabia jugar al hombre, mas que no conocia ni una carta, y que verdaderamente hallaba por su cuenta que valia el no saber jugar muchos ducados por año. Pues el señor don Márcos, dijo doña Isidora, es tan virtuoso, que no sabe jugar (¡qué bien le digo yo á Agustinillo que es lo que está mejor al alma y á la hacienda!), ve, niño, y dile á Marcela que se dé prisa á comer, y traiga su guitarra, é Inesita sus castañuelas, y en eso entretendremos la siesta hasta que venga el notario que el señor Gamarra, que así se llamaba el casamentero, tiene prevenido para hacer las capitulaciones; fué Agustinico á lo que su señora tia le mandaba, y mientras venia prosiguió don Márcos, y asiendo la plática desde arriba: Pues en verdad, dijo, que puede Agustin, si pretende darme gusto, no tratar de jugar ni salir de noche, y con eso serémos amigos; de hacerlo habria mil rencillas, porque soy muy amigo de recogerme temprano la noche que no hay que hacer; y que en entrando, no solo se cierre la puerta, mas se

clave, no porque soy celoso, que harto ignorante es el que lo es teniendo mujer honrada, mas porque las casas ricas nunca están seguras de ladrones, no quiero que me lleven con sus manos lavadas lo que á mí me costó tanto afan y fatiga el ganarlo; y así, yo le quitaré el vicio, y sobre esto seria el diablo. Vió doña Isidora tan colérico á don Márcos, que fué menester mucho de su despejo para desenojarle; y así, le dijo que no se disgustase, que el muchacho haria todo lo que fuese de su gusto, porque era el mozo mas dócil que en su vida habia tratado, que al tiempo daba por testigo. Esto le importa, replicó don Márcos, y atajó la plática don Agustin y las damiselas, que venian cada una con su instrumento, y la desenuelta Marcela dió principio á la fiesta con estas décimas:

Lauro, si cuando te amaba, Y tu rigor me ofendia, Triste de noche y de dia, Tu ingrato trato lloraba; Si en ninguna parte hallaba Remedio de mi dolor, Pues cuando solo un favor Era paz de mis enojos, Siempre en tus ingratos ojos Hallé crueldad por amor. Si cuando pedí á los cielos La muerte por no mirarte, Y maltratarme y culparte Eran todos mis desvelos; Supe seguida de celos, Mereciendo ser querida, Quise quitarme la vida, Dime, ¿cómo puede haber Otro mayor mal que ser Cruelmente aborrecida?	Yo lo tengo por mayor Que no vivir olvidada, Que siéndolo, no te enfada Como otras veces mi amor; Tengo el verte por favor, Que tu descaído me ofrece La paz que aquel que aborrece Niega al que adorando está; Luego el olvido será Mayor dano que parece. Y así, á pedirle favor Con disfavor me convidas, Porque al fin como me olvidas, No te ofendas de mi amor; Que alguna vez tu rigor Vendrá á tomar por partido Amar en lugar de olvido; Y si has de aborrecer, Mas quiero, Lauro, no ser, Que aborrecida haber sido.
---	---

No sabré decir si lo que mas agradó á los oyentes fué la suave voz de Marcela ó los versos que cantó; finalmente, á todo dieron alabanza, pues aunque las décimas no eran las mas cultas ni mas acendradas, el donaire de Marcela les dió tanta sal, que supiera mayores faltas; y porque mandaba doña Isidora á Inés que bailase con Agustin, le previno don Márcos que fenecido el baile volviese á cantar, pues lo hacia divinamente, lo cual Marcela hizo con mucho gusto, dándosele al señor don Márcos con este romance:

Ya de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.

Ya no tengo que esperar
De tu amor, ingrato Ardenio,
Aunque tus muchas tibiezas
Mida con mi sufrimiento.
Que ya en mi fuego te hielas,
Ni que me encienda en tu hielo,
Que mueran mis esperanzas,
Ni que viva en mi tormento.
Como en mi confusa pena
No hay alivio ni remedio,
Ni le busco, ni le pido,
Desesperada padezco.

Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.

¿Qué tengo ya que esperar,
Ni cómo obligar pretendo

A quien de solo matarme
Atrevido lleva intento?
A los hermanos imito,
Que por pena en el infierno
Tienen trabajo sin fruto
Y servir fuera de tiempo.
Acaba, saca la espada,
Pasa mi constante pecho,
Acabaré de penar,
Si no es mi tormento eterno.

Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.

Quiérote bien, ¡qué delito
Para castigo tan fiero!
Pero tú te desobligas
Cuando ya obligarte pienso.
¿Quién creyera que mis partes,
Que alguno estimó por cielos,
Son infernos á tus ojos,
Pues de ellas andan huyendo?

Siempre decís que buscáis
Los hombres algun sugeto
Que sea en aquesta edad
De constancia claro ejemplo.
Y si acaso hallais alguno,
Le haceis tal tratamiento,
Que aventura por vengarse,
No una hora, sino ciento.
Míralo en tí y en mi amor,
No quieras mas claro espejo,
Y verás como hay mujeres
Con amor y sufrimiento.

Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.

Hasta aquí pensé callar,
Tus sinrazones sufriendo,
Mas pues voluntad publicas,
¿Cómo callaré con celos?
Sepa el mundo que te quise,
Sepa el mundo que me has muerto,
Y sépalo esa tirana
De mi gusto y de mi dueño.

Poco es brasas, como Porcia,
Poco es, como Elisa, acero,
Mas es morir de sospechas,
Fuego que en el alma siento.

Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.

Poco puedo, Ardenio ingrato,
Y hoy pienso que puedo menos,
Pues sufriendo no te obligo,
Ni te obligué padeciendo.

Yo gusto que tengas gustos,
Pero tenlos con respeto
De que me llamaste tuya,
O de veras, ó fingiendo.
Cuando en tus ojos me miro,
En ellos miro otro dueño,
Pues ¿qué has menester decirme
Lo que tengo yo por cierto?

Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.

Ingrato, si ya tus glorias
No te caben en el pecho,
Guárdalas, que para mí
Son, mas que gloria, veneno.

Mas tú debes de gustar
De verme vivir muriendo,
Que el querer y aborrecer
En tí viene á ser extremo.
Y si de matarme gustas,
Acaba, mátame presto;

Pero si celosa vivo,
¿Para qué otra muerte quiero?
Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.

Como era don Márcos de los sanos de Castilla, y sencillo como un tafetan de la China, no se le hizo largo este romance, antes quisiera que durara mucho mas, porque la llaneza de su ingenio no era como los fileteados de la corte, que en pasando de seis estancias, se enfadan. Dió las gracias á Marcela, y le pidiera que pasara adelante, si á este punto no entrara el buen Gamarra con un hombre, que dijo ser notario, si bien mas parecia lacayo que otra cosa, y se hicieron las escrituras y conciertos, poniendo doña Isidora en la dote doce mil ducados y aquellas casas; y como don Márcos era hombre tan sin malicia, no se metió en mas averiguaciones, con lo que el buen hidalgo estaba tan contento, que posponiendo su autoridad, bailó con su querida esposa, que así llamaba á doña Isidora. Cenaron aquella noche con el mismo aplauso y ostentacion que habian comido, si bien todavía el tema de don Márcos era la moderacion del gasto; pareciéndole, como dueño de aquella casa y hacienda, que si de aquella suerte iba, no habia dote para cuatro dias, mas hubo de callar hasta mejor ocasion. Llegó la hora de recogerse, y por excusar trabajo de ir á su posada, quiso quedarse con su señora, mas ella con muy honesto recato dijo que no habia de poner hombre el pié en el casto lecho que fué de su difunto señor mientras no tuviese las bendiciones de la Iglesia, con lo que tuvo por bien don Márcos de irse á dormir á su casa, que no sé si diga que mas fué velar, supuesto que el cuidado de sacar las amonestaciones le tenia ya vestido á las cinco. En fin, se sacaron, y en tres dias de fiesta que la fortuna trajo de los cabellos, que á la cuenta seria el mes de agosto, que las trae de dos en dos, se amonestaron, dejando para el lunes, que en las desgracias no tuvo que envidiar al martes, el desposar y el velarse todo junto, á uso de grandes; lo cual se hizo con grande aparato y grandeza, así de galas como en lo demás, porque don Márcos, humillando su condicion y venciendo su miseria, sacó fiado, por no descabalar los seis mil ducados, un rico vestido y faldellin para su esposa, haciendo cuenta que con él y la mortaja cumplia, no porque se le vino al pensamiento la muerte de doña Isidora, sino por parecerle que poniéndose solo de una Navidad á otra, habria vestido hasta el dia del juicio. Trajo asimismo de casa de su amo padrinos, que todos alababan su eleccion y engrandecian su ventura, pareciéndoles acertamiento haber hallado una mujer de tan buen parecer y tan rica, pues aunque doña Isidora era de mas edad que el novio, contra el parecer de Aristóteles y otros filósofos antiguos, lo disimulaba de suerte, que era milagro verla tan bien aderezada. Pasada la comida, y estando ya sobre tarde alegrando con bailes la fiesta, en los cuales Inés y don Agustin mantenian la tela, mandó doña Isidora á Marcela que la engrande-